10. La guerra de la interpretación

Enseñamos que no podemos interpretar por nuestra cuenta

En la lectura anterior he hablado de una matriz fundamental, abstracta, de la clase de Literatura tradicional de Enseñanza Media en Uruguay. Pero como el lector imaginará, mi interés no era sólo ese. Fue un reto intelectual interesante y sobre todo un pasatiempo, pero si mi inteligencia quedara restringida a dilucidar aspectos teóricos del funcionamiento de una clase, me resultaría decepcionante. Por lo tanto, en esta última lectura del ciclo 2025 me propongo ampliar el modelo epistemológico de la atribución conjunta y tomar el concepto de «interpretación» para explicar comportamientos humanos que se encuentran más allá de una realidad académica.

Si hablé de «rectoría» y le di la definición dentro del esquema de figura guía en el proceso de interpretación conjunta, es porque efectivamente, en la clase tradicional al menos, queda claro que en materia de interpretación el regido tiene frente a sí una figura de autoridad que respetar porque –y esto es crucial– el docente «sabe más qué él». Y no es solamente una afirmación banal. Es, también, una declaración de principios.

Con la necesidad de reclamar derechos al día de hoy (2025) los colectivos cobran poder y ese poder suele utilizarse para ejercer los derechos de las personas abarcadas por esos colectivos, pero con un bajo o inexistente interés por cumplir con las obligaciones que les corresponden. Así, los méritos para ingresar a un trabajo pueden ser simplemente tener un determinado color de piel, cierta genitalidad o comportamiento sexual. Del mismo modo, en ámbitos como la Inspección de asignatura y desde los planes de estudio, se les da cada vez más poder a los alumnos y menos al docente. La adopción de una estructura horizontal de clase rebaja la autoridad del profesor por temor a la exposición, al autoritarismo y a caer en una didáctica obsoleta. Así, la afirmación de que los alumnos también saben, socaba al modelo en la medida en que quita del lugar de mediador al rector.

Pero en el modelo del profesor rector con el que he venido trabajando, el rector es imprescindible. Y si bien es cierto que debe trabajar con el bagaje experiencial y cultural de los alumnos, también es cierto que, en materia de interpretación es quien más sabe. Y no deberíamos perder esto de vista, porque la mirada contraria «ablanda» de tal manera al sistema educativo formal que amenaza con transformarlo en una caricatura de sí mismo.

A otro nivel, a un nivel más profundo, es necesario admitir que lo que enseñamos en la clase de Literatura tradicional es que *no somos libres de interpretar cualquier cosa*. Porque de hecho, «controlamos» la creación de significado. Y esa enseñanza es primordial para que, al extrapolarla e insistir sobre ella, creemos seres humanos cautos en la interpretación fuera del aula, fijando una regla, un verosímil analítico para –¡nada más ni nada menos!– regir nuestra lectura personal de la realidad. O dicho en términos que he venido desarrollando: dibujar *imago mundi* en nuestras propiósferas.

¿Por qué estamos sumergidos en una guerra de la interpretación?

¿Qué es el amor? ¿Qué es el éxito? ¿Qué es la felicidad? ¿Cuál actividad constituye una pérdida de tiempo y cuál no? De las respuestas que demos a estas preguntas dependerá el modo en el que orientemos nuestro comportamiento general. Y las respuestas se originan en cómo interpretamos la realidad. No hay nada intrínsecamente malo en ello y posiblemente no resulte controversial, pero el problema es hasta dónde esas respuestas son personales. Un paso más en este sentido es qué ocurre cuando el modo en el que respondemos a esas preguntas es radicalmente distinto al modo en que otra persona las responde y estamos obligados a lidiar con esa diferencia (y con esa persona). Uno de

los lugares en donde se ve con mayor claridad es en el problema de la interpretación acerca de qué es el amor.

Dos personas que –aunque no necesariamente con palabras, se entiende– definen en los hechos de maneras distintas sus vivencias y sus expectativas acerca del amor, bien pueden comenzar una relación de pareja. Cada vez que una de ellas dice «te amo» no es entendida por lo que piensa que significa la frase sino por lo que la otra persona piensa que significa.

En una relación de pareja muchas veces los seres humanos ciframos esperanzas acerca de la construcción del «éxito». Con esto quiero decir que de ordinario consideramos que es parte del éxito en la vida tener una relación amorosa saludable. Pero también se utiliza a la pareja para alcanzar otros aspectos del éxito, como el bienestar económico. Si dos personas que entienden de manera distinta qué es el éxito en la vida entablan una relación, esa discrepancia puede ser un gran motivo de fractura.

Hay una guerra de imposición de las interpretaciones acerca de la realidad porque las interpretaciones de la realidad son la realidad. Es decir, el modo en el que damos forma a la realidad es nuestra realidad. A continuación, al utilizar esas interpretaciones a modo de prejuicios, leemos la realidad que viene en base a la morfologización, al dibujo ya elaborado. Y esto, porque es necesariamente más sencillo respetar lo ya hecho que borrar lo hecho y volver a empezar. Por ese motivo es tan importante imponer interpretaciones, porque la imposición de interpretaciones distribuye el poder.

Por eso, al principio de una relación, es natural que los integrantes de esa relación intenten discernir si el otro realmente le sirve para lo que necesitan. Tal vez sea preciso cierta reeducación. Luego, si el juicio diera por resultado una respuesta afirmativa, ya sea porque el otro sirve como está, ya sea porque fuera «reformable», comenzará un proceso de reeducación, de reforma, para amoldar al otro a las necesidades personales. Pero esa reforma es solamente efectiva a través de sucesivas victorias en el terreno de la interpretación, en una constante fricción que solamente es explicable por la dinámica de dominio y la presencia del rehén.

Una mención al lenguaje inclusivo

Interpretaciones tales como la de que el idioma *invisibiliza* a las mujeres desnudan la existencia de sendos verosímiles analíticos para la lectura de la realidad. Entonces, una interpretación de la realidad es capaz de modificar no solamente la forma en la que nos expresamos, sino también el modo en el que pensamos y nos relacionamos con otras personas.

En nuestro idioma, es aceptado tradicionalmente el masculino como genérico. «Los alumnos –decimos– deberán presentar cédula.» Pero luego de la instalación de la desconfianza con respecto al uso de ese masculino genérico, comenzamos a decir «los alumnos y las alumnas»; y de forma radical: «les alumnes».

Se trata, nada más ni nada menos, que de un par de interpretaciones discrepantes acerca de la realidad que pueden resumirse de este modo:

«No es necesario hacer referencia a otros géneros en el habla porque el masculino es genérico en castellano. No hay en eso un acto de discriminación.»

Y:

«Es necesario hacer referencia a otros géneros en el habla porque aunque tradicionalmente el masculino es genérico en castellano, *invisibiliza* y niega las distintas variedades del género, lo que constituye un acto de discriminación.»

Hasta tal punto el modo en el que interpretamos el mundo es importante, que mueve inclusive los cimientos de nuestra expresión lingüística, y con ello, de nuestro pensamiento. Y esto además, en el cotejo de *imagos* en las propiósferas, funciona también como contraseña; sendas estrategias de filiación ideológica que de existir generan y de no existir destruyen vínculos por complicidad o por secretas aversiones.

La imposición de la interpretación y la aceptación cobarde de la tutoría del «yo»

Reconozco que pocas cosas me resultan más enervantes que la detección de una actitud de dominio vinculada con la imposición de interpretación. De hecho, expresarse de ese modo encierra un error fundamental: la imposición de la interpretación en sí misma es siempre una actitud de dominio.

Así, todos nos hemos topado alguna vez con ese pariente o amigo escéptico y sin embargo adscrito a «teorías conspirativas» (permítaseme la vulgaridad) o relatos populares que retuercen un hecho hasta generar la apariencia de que los demás somos unos ingenuos que simplemente creemos lo que se nos quiere hacer creer. Entonces, si decimos que el 16 de julio es el aniversario de la llegada del ser humano a la Luna, con una sonrisa sarcástica nos responderán muy satisfechos de sí mismos: «¿y vos te creíste ese cuento? Ya se ha demostrado que fue un montaje.» De igual manera, siempre hallarán un modo de imponer su perspectiva sobre cualquier asunto, dejando en claro que, a diferencia de uno que cree en todo lo que se le dice sin cuestionarlo, ellos cuestionan y saben cosas.

Otra variante común y no menos irritante es la que arroja sobre un hecho cualquiera un relato preestablecido y supuestamente cierto a modo de *terapia*. Ese relato da poder de sanación al que lo maneja y se lo quita al que no. Esto que hicieron durante siglos chamanes y sacerdotes, lo hacen también los psicólogos, los *couches* y astrólogos; y toda una caterva de individuos sin escrúpulos que se valen de un conocimiento que invariablemente apela a la aceptación pasiva de la tutoría del «yo». Porque parecería que es saludable y aún deseable permitir que la inteligencia y la estrategia exterior ingrese en nuestra subjetividad para «ayudarnos» a manejar nuestra propia vida. Porque, y esto es lo más importante, **debemos creer que somos francamente incapaces de hacerlo por nuestra cuenta**.

Porque ya sabemos que nuestra interpretación de la realidad está radicalmente controlada.

Cuanto más sometido a esta lógica esté usted, más querrá defenderla, puesto que como he dicho en algún momento, que alguien le haga ver el error en el dibujo de su *imago mundi* es hacerlo reconocer que usted está siendo torpe y dominado por una fuerza exterior. Es decir: es débil. Por eso, a quien despotrique en contra de las terapias alternativas o la consulta semanal con el psicoterapeuta, o inclusive la manifestación militante del grupo político de turno que incondicionalmente apoya a un líder o a una combinación de colores querida –así de mal estamos, así de mal–, a quien se atreva a ir en contra de estos grandes puntales de existencia, les estará reservado el infierno del juicio de ignorancia y la expulsión del Edén de la Realidad Ordenada.

Trascender interpretaciones vulgares

Tal vez la manera más brutal y torpe, y por tanto, vulgar, de interpretar la realidad sea dividirla entre dos campos abstractos responsables de la distinción, además, de conjuntos de personas que se encuentran relacionados con esos campos. Me refiero al campo abstracto del mal y del bien. Así, interpretar la realidad (que es lo mismo que decir *morfologizarla*, darle forma en nosotros) a través del filtro de la maldad y la bondad absolutas es llamativamente inocente. Pero esa inocencia está enquistada, protegida por una coraza de vulgaridad; una especie de uso continuo o puente intersubjetivo que permite una comunicación y una comunión inmediata y trascendente al «yo».

De la misma manera que el absurdo no existe en la realidad puesto que la realidad es siempre estrictamente racional, la maldad no existe porque sería absurda. Si alguien desea que otra persona se perjudique e inclusive es capaz de realizar acciones funcionales a tal fin, es seguro que algo lo moverá a quererlo; una ventaja personal, un anhelo de medrar en virtud del fracaso ajeno e inclusive el hecho de no ser descubierto en su propia mediocridad.

Por eso, es curioso e irrisorio cuando en una ficción inmediatamente las personas (porque desde nuestra tierna infancia nos han enseñado a obrar de ese modo) intentamos saber quién es «el bueno» y quién «el malo». Se activa entonces una suerte de «brújula moral» que, de no mediar una lectura irónica o desconectada del conflicto, siempre nos orientará mostrándonos los extremos de bondad y maldad, en los que los personajes irán a ocupar sus correspondientes lugares.

A partir de esta ordinariez supina de la dinámica interpretativa, la fractura se extiende a través de toda la *imago*, creando «buenos» y «malos» por todas partes. Religiones, políticos, deportistas, actores, conocidos, gente del trabajo, amigos, familiares; la *imago* luce una extraña raya al medio propia de aquellas personas que sufren la peor pereza: la pereza de pensar.

Y nadie me dirá que no existen. Nadie puede hacerlo, porque los he visto. He hablado con ellos e inclusive me lo han reconocido como quien reconoce un placer furtivo, cuando no han inflado el pecho y abiertamente han declarado su descubrimiento de que «pensar es malo».

Vinculado con lo anterior, otra interpretación vulgar a trascender es la de que la ficción es un registro histórico. La ficción, como decía Saer en su momento, pide ser tenida por ficción y es a partir de ahí que revela verdades. Pero entender la guerra de Troya por una película es, por decir lo menos, temerario. Otro ejemplo son las llamadas *biopics*. Por allí van sendos eruditos de la vida privada, repitiendo verdades inconstatables sobre personajes que ya no pueden defenderse. Pregúntele sino usted a Mozart.

La lista de interpretaciones vulgares a trascender es inmensa, porque somos muy vulgares a la hora de interpretar. Es más sencillo, mucho más, seguir una senda ya hecha que tomarnos el trabajo de pensar por nuestra cuenta. Es mucho más fácil conseguir un rector y punto.

Otra clase de interpretaciones vulgares que merecerían un extenso desarrollo es lo que, vulgarmente también, se conoce como «prejuicios». Y acuso el término con esas comillas porque a decir verdad podemos movernos en el mundo a fuerza de prejuicios, es decir, de juicios previos, pero solemos llamar de ese modo exclusivamente a aquellos que resultan para alguien injustos o (peor) irracionales. Sirvan como ejemplo: si es hombre le gusta el fútbol, si es uruguayo toma mate, si es mujer maneja mal, si es rubia es tonta, si es porteño es arrogante, si es linda es superficial, si es simpático tiene interés sexual, si es anciano es sabio, si el producto es chino es malo y una larga lista de tonterías en las que no entraré para no rebajar la calidad de mi análisis.

Sólo diré que los prejuicios, como aprendizajes inductivos, son imprescindibles. Pero esos prejuicios a los que señalamos especialmente con la palabra «prejuicios» son simples vulgaridades interpretativas que abiertamente desnudan inteligencias sin desarrollo ni sentido estético de la realidad.

¿Y el valor del tiempo de vida propio?

Alguna vez –y con razón– alguien me dijo, ante mi actitud crítica constante respecto a los conocimientos impartidos en una asignatura nada sencilla como Lingüística, «mi tiempo vale». Y como confieso poseer una memoria poco menos que prodigiosa, sobre todo cuando se trata de eventos que me avergüenzan, hoy, veinte años después, recuerdo el episodio como si hubiera ocurrido ayer.

Mi compañera tenía razón: su tiempo valía y yo estaba enlenteciendo la clase. Si bien yo tenía derecho a intervenir y a consultar, cuestionar los contenidos suele ser un exceso intolerable; intolerable sobre todo para aquellos que no poseen habilidades críticas. Pero se trataba de una etapa inevitable en mi desarrollo intelectual. No deseaba jugar con el tiempo de nadie; disfrutaba de mi inteligencia y de cómo interactuaba con el discurso de la docente, que exponía tortuosamente elementos teóricos y aún epistemológicos elaborados por grandes lingüistas como Ferdinand de Saussure o Roman Jakobson.

El valor del tiempo de vida es inconmensurable. Nadie puede negarlo. Si hay un bien que está por encima de todo bien (puesto que sin él no se puede disfrutar de ningún otro) es la vida misma. Entonces es natural preguntarse si no somos convencidos de forma velada pero sistemática de lo contrario; de que nuestro tiempo es algo a perder. Pregúntese a las personas promedio (dentro de las que no me cuento, por supuesto, por algo hago estos videos) qué harían si poseyeran un ingreso económico tal que no necesitaran trabajar para afrontar obligaciones y que además pudieran, en base a ese bienestar económico, hacer con sus vidas realmente lo que quisieran. Muchos responderían que lo que harían sería viajar. Pero muchos otros admitirían que se dedicarían a una total e invariable inactividad.

Esta idea, que bien puede ser una simple fantasía vulgar que responde a lo que se cree que se espera de la gente, viene a demostrar que no valoramos lo suficiente nuestro tiempo. Lo mismo ocurre cuando pensamos en la noción no poco controversial de «entretenimiento». Quien acepta que debe ser «entretenido», acepta lateralmente que su tiempo no vale nada porque no sabe en qué emplearlo, porque, en el fondo, no sabe para qué o por qué *vive* más allá de un misterioso acto de azar biológico.

Una razón importante para que alguien pretendiera convencernos de que el tiempo de nuestra vida no vale mucho es el consumo cultural. Cuanto menos creamos que vale nuestro tiempo como consumidores, como espectadores en cualquiera de las múltiples maneras de serlo, más proclives seremos a conformarnos con poco. Llega un punto en el que ya somos incapaces de ver la pobreza de lo que se nos ofrece porque hemos sido educados para aceptar esa mediocridad. Producciones artísticas, certámenes deportivos, videojuegos, emisiones televisivas y producciones audiovisuales por plataformas diversas, conciertos, obras de teatro y películas de moda, toda calidad desciende, estandarizándose, nivelándose en la degradación para hacerse digerible por el apetito anestesiado y efímero de las mayorías. De la opacidad metafórica y la complejidad formal al balbuceo y la chabacanería más abyecta, el productor de entretenimiento desarrolla las variaciones más variopintas en torno al tema de la vulgaridad. El espectador se conforma con poco o, lo que es peor, baja sus expectativas educando su gusto, modelándolo, según lo que le imponen a consumir. Y lo consume gustoso, cayendo en las garras del mercado y degustando la ordinariez creciente de su alma. Porque necesita entretenerse, porque si no se aburre, no sabe qué hacer, está por fuera, se siente excluido del mundo. ¿Y quién quiere sentirse excluido del mundo? Si mi tiempo no vale nada lo puedo perder todo lo que quiera. Estoy en todo mi derecho, ¿no es cierto? Y si mi tiempo no vale nada, mi vida tampoco.

Otro ámbito en el que la autosubvaloración de nuestro propio tiempo ofrece una ventaja a otras personas sobre nosotros, es el laboral. Cuanto menos creamos que vale nuestro tiempo, más dispuestos estaremos a cambiarlo por una remuneración miserable. Sentiremos que la transacción no es tan injusta, si no es que ni siquiera podemos estar pensando en el asunto, acuciados por deudas y compromisos ineludibles frente a los que, habiéndolos asumido o convencidos de su necesidad, ya hemos hipotecado nada más ni nada menos que nuestra vida.

La ubicua oferta de rectoría

No sólo hay que cuidarse de los falsos profetas, sino de todos los que quieran imponer una interpretación de la realidad. Inclusive de mí. Toda persona que lo haga estará asumiendo una actitud de dominio. Pensar por nuestra cuenta no es solamente una idea bella, remite a lo más sagrado que

puede haber en la personalidad, que es la independencia de pensamiento y el examen sereno y discreto de lo real. Debemos ser muy cautos a la hora de aceptar una interpretación de la realidad sin someterla al juicio del pensamiento.

Cuando aceptamos una interpretación, en un efecto de arrastre obvio, aceptamos otras que la acompañan. Ese ordenamiento subjetivo podrá afectar inclusive, como prejuicios, a juicios venideros. Tal vez no seamos del todo conscientes respecto a la gravedad del problema, pero el tiempo que demoremos en convencernos de esa gravedad es tiempo que, como decía Séneca, ya le pertenece a la muerte.[1]

[1] ¿Notó la paradoja? Si usted acepta mi interpretación de la realidad, acepta mi rectoría y se somete a mi actitud de dominio. Pero mi interpretación de la realidad consiste en que debe pensar por su cuenta, puesto que la independencia de pensamiento es sagrada. Por lo tanto, si piensa por su cuenta, piensa de acuerdo a mi rectoría. Si piensa por mi rectoría, no piensa por su cuenta.